

EL TERROR EN VENEZUELA

La cuna de la libertad latinoamericana, Venezuela, es ahora el asiento de un tiranía trágica.

El puesto del genial Simón Bolívar, el más eminente libertador de pueblos, ha sido escarnecido por dos déspotas sucesivos y truculentos: Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez.

Castro asaltó el poder y desoló el país desde 1899 hasta 1908, fecha en que salió de Venezuela rumbo a Europa, dejando en la Presidencia de la República a su lugarteniente de confianza, Gómez.

El lugarteniente de confianza, aprovechando la ausencia de su protector, jefe y amigo, lo suplantó, bien es cierto que con beneplácito del pueblo, que esperaba del Vicepresidente infiel una regeneración gubernamental y la salvación de la República.

El pueblo venezolano se equivocó de todo a todo, porque si Castro fue abominable dictador, el actual mandatario de Maracay le supera en sus magistrales actos liberticidas.

Desde que el tirano Gómez usurpara el gobierno, la libertad en Venezuela quedó descabezada y la vida del ciudadano dependiente de su morbosos capricho.

La Constitución de 1914 garantiza a los venezolanos la inviolabilidad de la existencia, de la propiedad, del hogar doméstico; y la libertad personal, de pensamiento, de tránsito, de conciencia, de prensa, de palabra...

Gómez ha ultrajado todas esas garantías individuales, pero sobre todo ha hecho de su patria una gran prisión y un vasto cementerio.

El mundo entero debe conocer la tragedia venezolana para

reaccioner contra ella por los mil modos que las naciones pueden luchar por la libertad de un pueblo oprimido.

Para que se vea de bulto la conducta de Juan Vicente Gómez, presentaré unos cuantos breves cuadros de ese gran guñol que se vive desde hace cuatro lustros en la antaño gloriosa cuna de la libertad americana.

Su Majestad el odio reina en Venezuela; odio recíproco del pueblo al gobierno y del gobierno al pueblo. Si por un milagro del destino la soberanía popular ejercitara momentáneamente sus derechos, Gómez, sus familiares y sus validos, serían destrozados en una orgía de sangre. Y como el energúmeno lo sabe, se afianza al poder por medio del terror.

Los que pudieron escapar de las mazmorras y franquear las fronteras patrias, son los menos doloridos; los 25,000 desterrados que viven añorando la casa, el terruño, los familiares queridos que diezman el tiempo y el dolor; esos son los venturosos, los que forman la brillante falange de pensadores, hombres de letras, políticos, estudiantes: guardia de honor de la patria de Bolívar que espera y confía en la justicia humana o en la divina.

Pero los que allá quedaron están a merced del señor feudal. Su vida, y su independencia no son de ellos, diríase que la tienen en usufructo. Porque Gómez avienta la vida de sus compatriotas por la ventana de las torturas, a la soledad de los calabozos o al suplicio.

Los procedimientos de terror son múltiples en la Venezuela de hoy; consisten principalmente en las carreteras, las prisiones, entre las que descuella por su régimen inquisitorial, la Rotunda, y los tormentos que son varios y atroces.

LAS CARRETERAS

Las carreteras de Venezuela están hechas con brazos de reos comunes, presos públicos y vagos. Significan un adelanto material realizado a base de la regresión moral más abominable que cuenta la historia contemporánea. Porque la carretera venezolana es un via-crucis; quienes la hicieron a fuerza de azotafinas y atormentados por la nieve o el sol y el hambre, allí quedaron a la vera del camino, para siempre.

Si en cada lado de las rutas venezolanas donde hay un muerto

se plantara una cruz, todos los caminos ostentarían el severo símbolo cristiano de una doble valla de cruces acusadoras de otros tantos martirios.

El tormento de las carreteras es terrible; los presos-peones trabajan desde las 6 de la mañana a las 6 de la tarde, con media hora de descanso, a las 12. Por la noche, acampados a la intemperie, son encadenados unos con otros para que no huyan. De mañana un puntapié o un culatazo los despierta a la bestial labor.

Su alimentación es menos que precaria; consiste en dos panes de maíz, al día; unos cuantos granos de mala calidad apenas cocidos y agua sucia.

El presidiario debe trabajar continuamente, sin descanso. Si se cansa, el látigo del capataz le reanima.

Cuando un malaventurado ya no puede más moverse, le pegan hasta sangrarlo o dejarlo muerto. A muchos los cegaron a golpes; otros enloquecieron de terror y de angustia y los más, rendidos de cansera, canijos de tan mal comer, extenuados por la fatiga, las enfermedades y la sevicia. Allí mueren abandonados en esa obra de progreso que sirve a Su Excelencia el Presidente, de magnífico material de propaganda exterior.

(*El Mundo*, de Tampico, martes 26 de junio de 1928.)